

La Gomera y Garajonay en el recuerdo*

Juan José Bacallado

(Director del Museo de Ciencias
Naturales de Tenerife)

(Fotos: J.J. Bacallado y L. Moro)

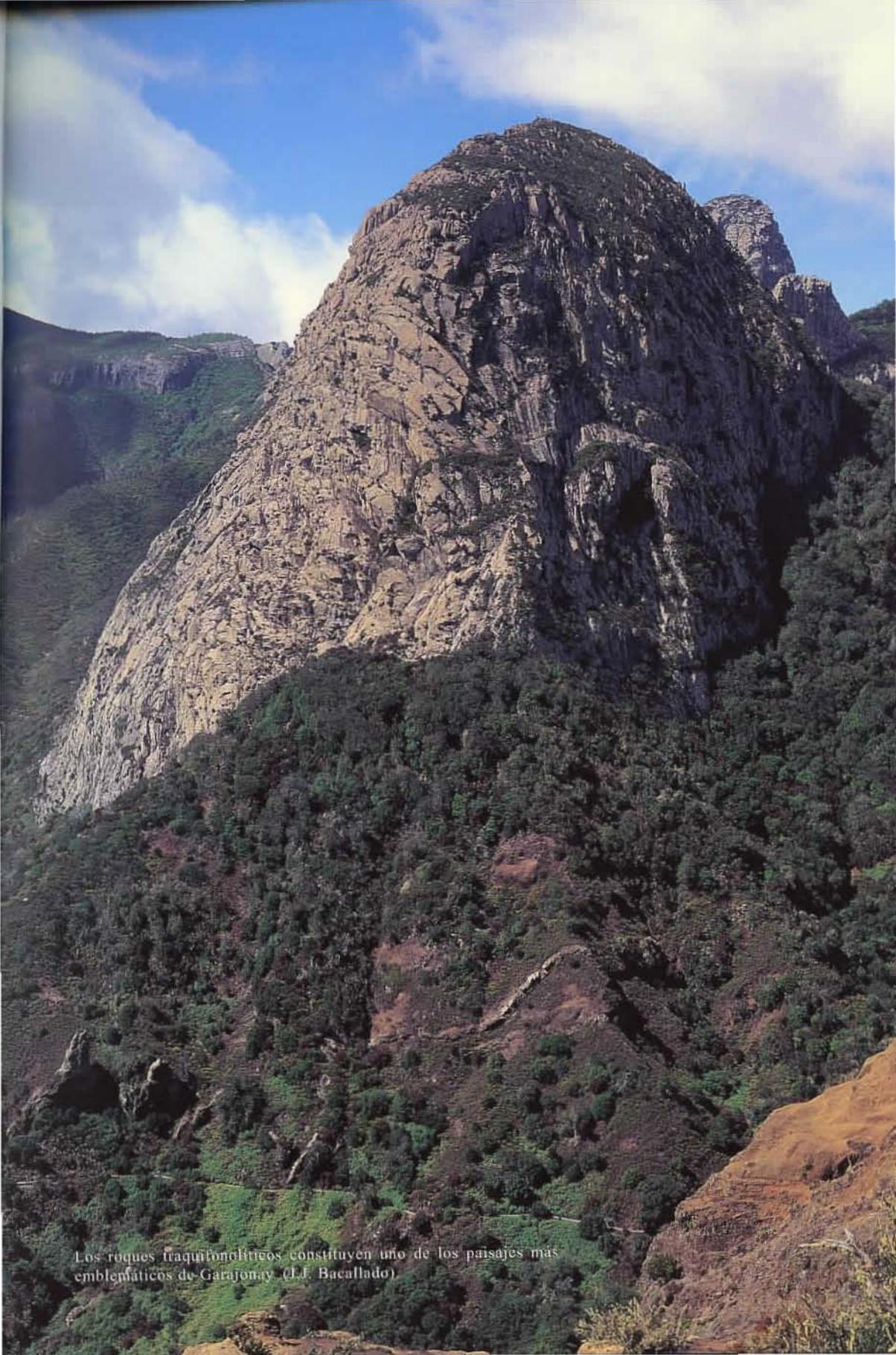
*A la memoria de D. Telesforo Bravo,
el gran naturalista de Canarias,
cuyo espíritu pervivirá siempre
en las entrañas lávicas de las siete islas.*

La Gomera es la novia del Atlántico, vigía de la Mar Océana y postrer escala, parada y fonda de quien descubriera "Las Américas". Una isla dormida y envejecida por la erosión y el tiempo, con perceptibles arrugas que conforman escarpes y profundos valles y barrancos; toda ella aparece coronada por una meseta central de topografía más suave, donde reina el **monteverde**, alimentado directamente por el mar de nubes que genera el alisio. Se trata de un bosque/esponja, auténtica reserva acuífera de primordial importancia para el conjunto de la isla, un reservorio de diversidad biológica, una selva de selvas, un jardín botánico del Terciario, un bosque pluriespecífico con dominio de lauráceas. Se ha mantenido relativamente bien conservado hasta hoy debido a los moderados aprovechamientos que del mismo se hicieron en el pasado y, más recién-

temente, al ser creado en 1981 el Parque Nacional de Garajonay, que pocos años después sería distinguido por la UNESCO como bien del Patrimonio Mundial.

Garajonay es –para quien como yo se encuentra en las puertas de la tercera edad– un recuerdo constante que domina sobre otros muchos; allí pasé, en el año 1977, cinco gloriosos meses de continuadas visitas y jornadas de trabajo como parte de un programa de inventariación faunística del futuro Parque que tuve el privilegio de coordinar. De la mano de mis amigos Isidoro Sánchez y Antonio Machado –por aquel entonces al servicio del ICONA– comencé a conocer este interesante enclave de laurisilva, el mejor exponente de este tipo de vegetación en toda la Macaronesia. Hasta entonces mis incursiones habían sido esporádicas, siempre ligadas a investigaciones ornitológicas y lepidopterológicas. De aquellos meses quedan en mi mente un sinfín de imágenes y vivencias que me hermanaron con el bosque gomero, sirviéndome para afianzar los cimientos de mi tesis doctoral.

* Palabras pronunciadas por el autor en el Cabildo de La Gomera (abril 2001) con motivo del veinte aniversario de la creación del Parque Nacional de Garajonay.



Los roques traquifonolíticos constituyen uno de los paisajes más emblemáticos de Garajonay. (I. J. Bacallado)



El alisio acaricia y nutre al monteverde goinero. (J.J. Bacallado).



Localidades con nombres tan sonoros y evocadores como Meriga, Apartacaminos, Mora de Gaspar, Raso de la Bruma, Argumame, Las Cuadernas, Cañada de Jorge, Laguna Grande, Fuensanta, El Cedro, Los Aceviños, Agua de los Llanos, Chorros de Epina, Las Hayas y tantos otros, dan cobijo a un bosque siempreverde de marcado carácter tropical. Arozena (1991) se refiere a la organización interna del bosque con el siguiente preámbulo: “Los caracteres fisonómicos comunes de la mayor parte de los elementos florísticos que componen el monteverde le proporcionan un aspecto que, a primera vista, puede parecer homogéneo. Sin embargo, esta formación vegetal presenta significativas variaciones internas determinadas por las diferentes posibilidades que el medio natural ofrece al desarrollo del bosque y la sensibilidad de éste para reflejar



Los andenes de Arojera, refugio de una interesante flora rupícola, marcan un claro límite al oeste del Parque Nacional. (L. Moro)

modificaciones ambientales a veces sutiles”. La propia autora señala la importancia de la topografía del área y su regular contacto con las nieblas, lo que “ofrece al monteverde condiciones muy diversas dentro del ambiente general favorable para su desarrollo, que se plasman en diferentes facies, definidas por la composición florística y por la estructura vertical del bosque”. Estas múltiples manifestaciones del monteverde es lo que hemos dado en llamar “selva de selvas”.

Así es posible encontrar desde el fayal-brezal de degradación; el fayal-brezal termófilo, que en zonas bajas se entremezcla con elementos residuales de durisilva canaria (bosquetes esclerófilo-termófilos); la lauri-



El piérido endémico *Gonepteryx cleobule* es fácil de observar libando sobre las flores del algaritofé. (J.J. Bacallado).

Así pues, este bosque subtropical dista mucho de ser homogéneo; quizás lo fuera en parte cuando el hombre aún no había intervenido, pero aún en estado primigenio devendría en un mosaico de formaciones ligadas a topografías cambiantes, grado de exposición a los alisios, altitud, tipos de suelos, orientación, etc.

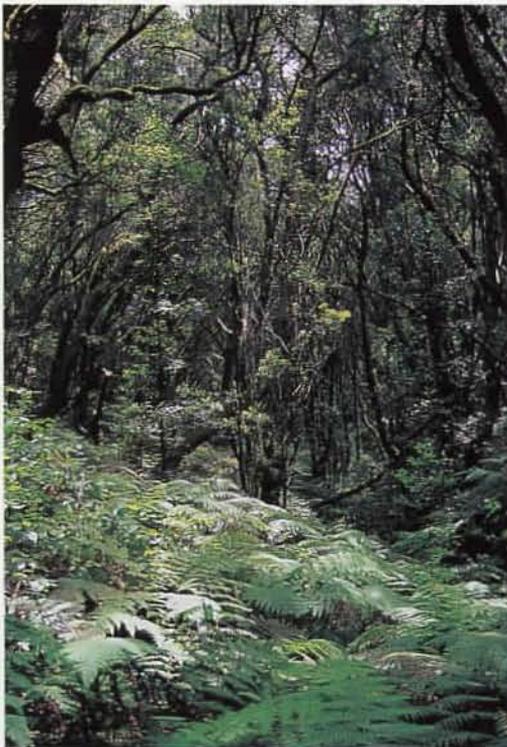
silva de valle, con esplendorosos árboles de gran porte y altura que nos hablan de una zona umbrosa con suelos bien desarrollados. Aquí dominan especies nobles del monteverde, como el **viñátigo** (*Persea indica*) y el **til** (*Ocotea foetens*), junto a **loros** (*Laurus azorica*) y **acebiños**; la **laurisilva de ladera**, también con querencias umbrosas y de orientación norte, donde el **loro**, la **faya** (*Myrica faya*) y el **acebiño** (*Ilex canariensis*) marcan la pauta, arropados por **brezos** (*Erica arborea*) y **palobrancos** (*Picconia excelsa*) hasta los **brezales de cumbre** con brezos arbóreos, y las impresionantes formaciones cumbreiras de **tejo** (*Erica scoparia platycodon*) que semejan un bosque encantado, con árboles retorcidos y ampliamente recubiertos de musgos que también enmoquetan y almohadillan el suelo. En fin, un ecosistema forestal singularísimo, muy heterogéneo y de gran complejidad ecológica, del que apenas se conoce su funcionamiento.

Este Parque Nacional alberga en sus entrañas cerca de 400 especies vegetales, la mitad de las cuales son autóctonas y muchas de ellas endemismos insulares. A las ya citadas pueden añadirse otras no menos conocidas: **barbusano** (*Apollonias barbujana*) —el “ébano de Canarias”—, **madroño** (*Arbutus canariensis*), naranjero salvaje (*Ilex perado*), con la subespecie gomera lopez-lilloi, aderno (*Heberdenia excelsa*), **follo** (*Viburnum rigidum*), el raro **peralillo** (*Maytenus canariensis*), **sanguino** (*Rhamnus glandulosa*), el **sauce macaronésico** (*Salix canariensis*) o el **cedro macaronésico** (*Juniperus cedrus*) al que podemos observar en rincones casi inaccesibles de los Roques del Parque y en la Cumbre Carbonera. Helechos, hongos, musgos, líquenes, plantas trepadoras, hierbas, matorros y arbustos —con multitud de especies— representan toda una cohorte que imprime carácter y enriquece el bosque.



El pinzón vulgar (*Fringilla coelebs tintillon*) —conocido como chau-chau, tintillón o cochinerro— mantiene unas nutridas poblaciones en toda el área del bosque gomero. (J.J. Bacallado).

Y los recuerdos se agolpan pero no envejecen, pues han quedado grabados en algún rincón de mi cerebro. Como la constatación de que “la laurisilva se nutre de sus propios excrementos”, esa pasta orgánica en que se convierten los suelos de las mejores áreas del monteverde, con contenidos desmesurados de materia orgánica. Acompañados del sobreguarda León Sosa, mis compañeros de trabajo—Keith Emmerson, Marcos Báez, Fernando Domínguez y Rafael Arozarena— quedábamos atalantados al comprobar como nuestros pies se hundían en la hojarasca y restos de troncos y ramas podridos que se deshacían creando suelo fértil, donde brotaban aquí y allá pequeños vástagos y retoños de las especies más nobles del bosque.



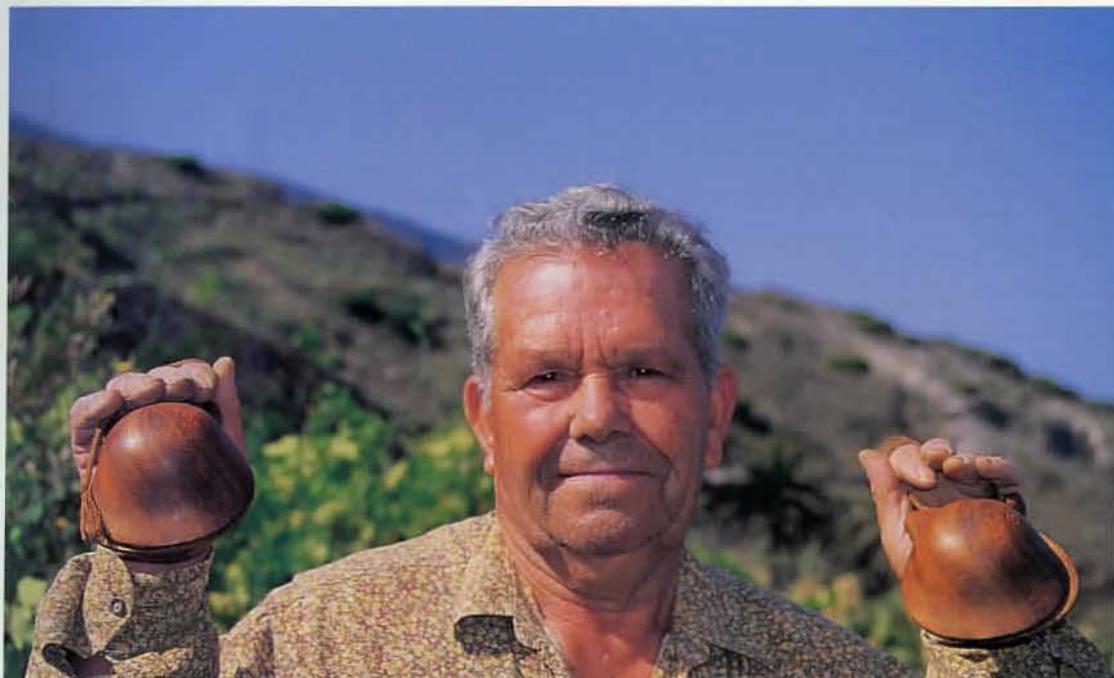
Las áreas umbrías, los suelos y la espesura de la vegetación son las señas de identidad de esta reliquia de bosque. (J.J. Bacallado).

En esta selva hay que aprender a escuchar, pues no es tan silenciosa como otros bosques nubosos y pluviselvas del trópico; hay que saber caminar por ella, aguzar la vista y el oído, parar, descansar, escrutar y dejarla que nos sorprenda. De esta manera pude admirar, por primera vez, a la **gallinueta** (*Scolopax rusticola*), que incubaba cuatro huevos en un rudimentario nido construido en el suelo del brezal de Apartacaminos. Rememoro aquí nuestras incursiones nocturnas por la carretera dorsal, por aquel entonces no asfaltada, donde grupos de esta **chocha perdiz** podían observarse de madrugada en busca de alimento.

Los inconfundibles cantos y reclamos de al menos 28 especies de aves pueden escucharse a lo largo y ancho del Parque. Destaca, sin duda, el arrullo de la **paloma turqué** (*Columba bollii*), el vigoroso canto del **canario** (*Serinus canarius*), el delicado y agudo reclamo del reyezuelo (*Regulus regulus*), el repetitivo y nervioso sonido del herrerillo (*Parus caeruleus*) o el más sincopado y seco del pinzón vulgar (*Fringilla coelebs*).

Como era de esperar, Garajonay cobija una fauna relativamente rica y variada, reflejo de un ecosistema tan peculiar, colmado de microambientes y pluriespecificidad florística, así como de suelos tan maduros y ricos en materia orgánica, que en parte se autorreciclan y dan vida al bosque. Bruma y sol, umbría y solana, barrancos y cumbres, arroyos y fuentes, junto a las fitocenosis ya esbozadas representan el mejor “caldo de cultivo” para el desarrollo de una vida animal ciertamente notable y de gran transcendencia científica.

Muchos de los elementos faunísticos que aún perviven en esta formación vegetal pueden considerarse asimismo como vestigios



Un campesino gomero hace sonar sus chácaras para agradecer a la Patrona la buena cosecha. (J.J. Bacallado).

de una fauna de mayor riqueza al abrigo de un bosque más potente, extenso y variado.

Los invertebrados y muy especialmente los insectos y arácnidos marcan la pauta en cuanto al número de especies y a la alta tasa de endemismos presentes. Los gasterópodos terrestres presentan una elevada proporción de exclusividad en el entorno de Garajonay (hasta un 85%), sobresaliendo los vitrinidos o babosas del género *Insulivitrina* (*I. oromii* e *I. gomerensis*) y *Guerrina* (*G. emmersoni* y *G. christinae*) habitantes de la hojarasca, troncos en franca descomposición y grietas de las zonas más umbrosas del monte verde; o *Canarivitrina dianae*, más propia de zonas ecotónicas o de transición. Los vitrinidos posiblemente estuvieron ligados inicialmente a los bosques laurifolios, donde llevan a cabo un efectivo proceso de degradación de la hojarasca, sin olvidar la función necrófaga de algunas especies (Ibáñez, 1990).

Resulta obvio señalar que los artrópodos ostentan el “señorío” y dominio de toda el área de Garajonay: hojarasca, cortezas, suelos, hojas, troncos, flores, dosel arbóreo, musgos, líquenes y hasta el medio aéreo aparecen colonizados por ellos. Un somero repaso a los insectos que viven en los diferentes hábitats y microambientes del monte verde gomero ocuparía por sí sólo una vasta monografía. Oromí *et al.* (1993) señalan que este grupo de artrópodos está representado por 20 órdenes que incluyen 875 especies, la mitad de ellas endemismos canarios, de los que 140 son exclusivos de Garajonay.

Mención aparte merecen las **palomas de la laurisilva**, dos especies endémicas de Canarias que pueden considerarse como auténticas reliquias que han evolucionado en notorio paralelismo con su hábitat (Bacallado, 1976); aunque según Martín y Hernán-

dez (com. pers.) la **paloma rabiche** debió tener su hábitat principal en el bosque termófilo –hoy casi desaparecido–, adaptándose secundariamente al monteverde; la **paloma turqué** podría contar actualmente en el Parque con una población que puede sobrepasar los 1.000 individuos, distribuyéndose prácticamente por todas las formaciones boscosas y nidificando en árboles, donde emplaza una burda plataforma de ramitas para depositar un único huevo. La **paloma rabiche** cuenta con menos efectivos (140-200 individuos, o quizás más), aunque habría que actualizar estos datos con un estudio pormenorizado en el que paralelamente se investigara la actividad depredadora de las **ratas campestres** (*Rattus rattus*) sobre huevos y pollos.

Pero el estudio de Garajonay me regaló muchas y variadas vivencias y novedades,

especialmente en el conocimiento de los lepidópteros nocturnos, ilustrándome sobre los cambios que se producen en las poblaciones de estos insectos cuando se encuentran en un hábitat relativamente bien conservado. Allí descubrí, junto a Rudolf Pinker, mi maestro y director de tesis, algunas especies y subespecies nuevas para la ciencia, una de ellas endémica de la isla y que, por su tamaño y espectacularidad, sorprende que hubiera pasado desapercibida; Pinker me distinguió bautizándola con mi apellido (*Crocallis bacalladoi*).

Garajonay es toda una reliquia de la que tenemos que estar orgullosos y a la que debemos tratar con el máximo mimo y respeto. No hay nada comparable a este Parque Nacional que es Patrimonio de la Humanidad. Garajonay es La Gomera, y desde aquí brotó el agua que bautizó todo un Continente. ●

BIBLIOGRAFÍA

AROZENA, M.E. 1991. *Los Paisajes Naturales de La Gomera*. Exmo. Cabildo Insular de La Gomera. 346 pp.

BACALLADO, J.J. 1976. Notas sobre la distribución y evolución de la avifauna canaria. pp. 413-431. In: *Biogeography and Ecology in the Canary Islands*. Dr. W. Junk B.V., publisher, The Hague.

BACALLADO, J.J. 2000. *Canarias, Parques Nacionales*. Ediciones Turquesa. 191 pp.

BACALLADO, J.J. y J.A. TALAVERA. 1980. *Introducción al estudio de los oligoquetos terrícolas del Parque Nacional de Garajonay*. (Isla de La Gomera, Canarias). *Vieraea*, 10 (1-2): pp: 137-146.

FERNÁNDEZ, A. y col. 1998. *El Parque Nacional de Garajonay. La Gomera*. Guía de Visita. Organismo Autónomo Parques Nacionales. Ministerio de Medio Ambiente. Madrid. 161 pp.

MARTÍN, A. y col. 2000. *Las palomas endémicas de Canarias*. Consejería de Política Territorial y Medio Ambiente del Gobierno de Canarias y SEO/Bird Life. Santa Cruz de Tenerife. 191 pp.

PÉREZ DE PAZ, P.L. 1990. *Parque Nacional de Garajonay*. Patrimonio Mundial. ICONA. Colección técnica. 351 pp.



La península DE JANDÍA,

Fuerteventura

Stephan Scholz

(Biólogo)

Fotos: S. Scholz

Mi primera ascensión al Pico de la Zarza, hace unos 15 años, se me quedó grabada en la memoria. Subí desde el sureste, desde la misma costa. Tras 3 ó 4 horas por lomas pedregosas cubiertas de aulagas (*Launaea arborescens*), espinos (*Lycium intricatum*) y alguna tabaiba amarga (*Euphorbia regis-jubae*), por fin la cima. Aquí, en el punto más alto de Fuerteventura, a poco más de 800 m de altura, se abre una panorámica impresionante. Hacia poniente comienza un vertiginoso precipicio. Rocas húmedas cubiertas de musgos y líquenes que caen decenas de metros en vertical, interrumpidas por andenes con acumulación de fina tierra arcillosa, negra por la humedad y el contenido en materia orgánica. En los oscuros paredones, amplias y densas manchas verdes en los lugares más inaccesibles: una vegetación que nada tiene que ver con la que me ha acompañado durante la ascensión. Un cuidadoso asomar por el borde del cantil me permite reconocer con los prismáticos peralillos (*Maytenus canariensis*), mocanes (*Visnea mocanera*), zarzas (*Rubus cf. bollei*), taginastes (*Echium handiense*) y magarzas (*Argyranthemum winteri*).

Abajo, a menos de 2 km de distancia en línea recta, los rompientes de la inmensa y solitaria playa de Cofete con sus arenas blancas. Es bravía y hostil, una de las pocas no urbanizadas en Canarias, y se extiende en amplio arco más de 15 km de suroeste a noreste, paralela a la cumbre. En el horizonte, la silueta de Gran Canaria. Incluso el Teide, distante unos 225 km en línea recta, puede verse desde aquí en un día claro de invierno.

La plataforma submarina es amplia en esta zona, y rica la vida en estos fondos someros. En la playa de Cofete anidaba la tortuga laúd (*Dermochelys coriacea*): los pescadores mayores recuerdan sus huellas "como las de un tractor" que dejaba en la arena tras la puesta de huevos nocturna. Algunos incluso llegaron a encontrar de madrugada a las pequeñas tortugas regresando al mar. La última puesta conocida tuvo lugar en 1991.

Desde nuestra atalaya en el Pico de la Zarza vemos que la línea de cumbre se extiende varios kilómetros en dirección suroeste-noreste, perdiendo altura en ambas direcciones. Tiene amplias ondulaciones,